

adeptos : bajo este poder que parece dormirse sobre su fuerza , hay cierta energía que no escapó desde el primer momento á la penetracion de los Jesuitas. Juzgaron que les era posible luchar con resultado á la sombra de semejante Gobierno , puesto que el Gabinete de Viena , el Episcopado y el pueblo les hacian un doble baluarte con su proteccion y confianza ; y hé aquí por qué no se les vió retroceder ante enemigos de ninguna clase , y por qué su valor inspirado por la prudencia ha aumentado tanto su influencia. Los mismos triunfos que obtuvieron en Alemania , les aguardaban tambien en Inglaterra.

Mientras que los Tres Reinos fueron gobernados por sus príncipes legítimos , vióse al último vástago de los Tudor y al primero de los Estuardos presentarse en todas partes como los enemigos personales de la Compañía de Jesús. Ya hemos referido á nuestros lectores esta persecucion que nació con Isabel , y que ni aun se calmó en el lecho de muerte de la Reina vírgen. Esta persecucion , siempre injusta é inhumana , vino á ser mucho mas ridícula todavía bajo el cetro que Jacobo I convirtió en férula de pedagogo. Carlos I no supo ni proteger á sus amigos ni combatir á sus adversarios ; por esto participó de todas las debilidades y desgracias inherentes á los reyes sin carácter ni voluntad : Carlos II , su hijo , creyó que el brillo de las fiestas y el lujo y clamoreo de sus placeres egoistas apagaria la voz de los partidos extremos , voz que por otra parte procuraba sofocar por medio de la sangre. Jacobo II buscó un apoyo en la reaccion religiosa ; y aunque fue el mas benigno de los tiranos , la Inglaterra castigó en su posteridad los crímenes de sus antepasados. Hizose la revolucion de 1688 al grito de : *¡ Mueran los Jesuitas !* Y , sin embargo , luego que se calmó la primera fiebre revolucionaria , tuvieron los Jesuitas mas seguridad que nunca bajo la nueva dinastía.

Acababa de atravesar la Inglaterra un mar de sangre , á fin de llegar á la libertad de conciencia : obtenido su objeto , fue asaz fuerte y justa por permitir que cada uno , dentro el círculo de las leyes , pudiese disfrutar de aquel derecho á costa de tantos sacrificios adquirido. Por medio de los Padres de la Compañía de Jesús se conservó pura la fe romana en el corazon de algunas familias ; y tambien , gracias á ellos , se vió propagar esa misma fe durante tres siglos , aumentando con la persecucion y multiplicándose á pesar del cadalso. Los Católicos se purificaron en el crisol del sufrimiento :

habian visto la ruina legal sentarse en el hogar de sus casas invadidas , viéndose obligados á errar por los bosques , y á ocultar sus virtudes del mismo modo que un delincuente oculta sus crímenes. Desde el mas rico propietario inglés hasta el hijo mas oscuro de la pobre Irlanda , todos podian encontrar en sus recuerdos ó en sus archivos de familia una historia de abnegacion y sacrificio por el principio cristiano ; hallándose inscrito naturalmente el nombre de los Jesuitas en cada una de aquellas relaciones tan gloriosas como fúnebres. Fueron tantos los sacrificios que hizo la Compañía por preservar la fe de los Católicos de un naufragio inevitable , que nunca se creian estos al abrigo de la apostasia sino cuando podian conservar junto á sí á los misioneros , cuya voz les iniciaba constantemente en el secreto de la perseverancia.

Solo á principios del siglo XVIII , se avergonzó el Gobierno británico de que en un país tan fuertemente constituido se forzaran sin provecho alguno las conciencias , y se impusieran al individuo leyes que no estaban en armonía con sus sentimientos y que por lo mismo le repugnaba seguir. Entonces fue cuando perdieron el uso las leyes penales que reducian á una manada de esclavos á los fieles de los Tres Reinos , y cuando se dejó de perseguir á los Jesuitas como si fueran malhechores públicos. Si la fe no hubiese estado tan profundamente arraigada en el corazon de la Gran Bretaña , esta hábil tolerancia despues de semejantes conmociones políticas habria dado de seguro un golpe mortal al Catolicismo. Pero no fue por fortuna así : el bienestar habria podido engendrar la apatía , si los Padres del Instituto con un celo lleno de prudencia y actividad no se hubiesen aprovechado de la calma y tranquilidad que se les concedia para conservar y aumentar en las almas el amor á los deberes religiosos.

Hasta entonces no habian tenido hospitalidad fija ; su subsistencia de todos los dias no estaba mas asegurada que su sueño durante las noches , por quedar uno y otro á merced del piadoso reconocimiento de los Católicos. Vivian los Jesuitas en retiros seguros de donde no salian sino para bendecir y reanimar ; solo desde el dia en que no fue la libertad una mentira , comprendieron que con la marcha de las ideas y el progreso inaugurado en el espíritu nacional , no debian ya temer aquellos injustos rigores que pesaran sobre ellos en los siglos transcurridos. Sin incurrir en la vindicta de las leyes , podian declararse libremente afectos á la Santa Sede , por lo que em-

pezaron ya á crearse así domicilios fijos en los que vivieron secretamente al principio, hasta que acabaron por vivir en ellos en comunidad.

Tales fueron en su origen las misiones de Liverpool, de Bristol, Preston, Norwich y otras muchas ciudades. Estaba aneja á la casa en que vivian una pequeña iglesia ó capilla, en la que sin excitar los fieles el menor rumor, tenian la libertad de orar. En este estado vivian los Jesuitas sin que nada turbase su quietud, cuando vino á suprimir la Compañía el breve de Clemente XIV. Un Soberano Pontífice inmolaba el Instituto á los enemigos de la Iglesia; no quedaba mas recurso á los Padres que someterse y gemir. Era muy difícil, por no decir materialmente imposible, el reemplazarles en la Gran Bretaña; los vicarios apostólicos, que mas de una vez habian tenido sus diferencias con ellos sobre puntos de jurisdiccion, se vieron obligados á permitirles el ejercicio del ministerio en sus residencias. Los Jesuitas habian dejado ya de existir de hecho y de derecho, y sin embargo los Católicos no quieren en cuanto les es posible asociarse al suicidio que inspiró el temor á Ganganelli. Los colegios en que eran sus hijos educados, tales como San Omer, Bruges y Gante, caen al golpe del breve *Dominus ac Redemptor*; mas feliz la casa que los Jesuitas fundaron en Lieja, sobrevive á la destruccion de la Orden: alentado el P. Howard por el Príncipe-obispo, puede continuar en ella el bien de que le dieron sus predecesores ejemplos.

Segun la opinion de los Católicos, debia ser aquel colegio un semillero de operarios apostólicos destinados á suceder á los Jesuitas: cuando Pio VI tomó el propio colegio bajo su proteccion y la de la Santa Sede, no ocultó en el decreto ser su intencion la de hacer de aquellos nuevos sacerdotes, *los continuadores y el sosten de la mision primitiva*; la Revolucion francesa hizo fracasar su plan. Su primer cuidado, al caer como un torrente devastador sobre la Bélgica, fue destruir el colegio, expulsando al propio tiempo á maestros y discípulos; ¡tales han sido siempre en todas partes las hazañas de la revolucion! Iban á quedar nuevamente aquellos pobres Padres sin esperanza ni asilo para desenvolver el Catolicismo en la Gran Bretaña, cuando un noble y rico inglés, Tomás Weld, se compadeció de las desgracias que pesaban sobre sus correligionarios perseguidos. Acababa de cerrarse el continente á los antiguos Jesuitas, que no renunciaron á formar un clero indígena que les reemplazara en

su patria, cuando les abrió Tomás Weld las puertas de Inglaterra. Esta noble familia, cuyo nombre va siempre unido á todos los grandes infortunios, y que despues de haber recibido á los Jesuitas proscritos, debia treinta y siete años mas tarde poner su antiguo castillo de Lulworth á disposicion de Carlos X desterrado de Francia, poseia una tierra en el Lancashire, á la que se daba el nombre de Stonyhurst.

Tomás Weld consagró aquellas tierras á los despojos de la Sociedad de Jesús y á los discípulos que les siguieron en su destierro. Apenas instalados en aquel punto tan grato á la Religion, se dedicaron sin descanso los hijos de Loyola, ya que no podian renovarse, á llenar los vacíos que dejaba cada dia la muerte en sus filas. Formaron desde luego sacerdotes virtuosos é ilustrados, jóvenes del país que reanimaron el aliento y la fe en el corazon de sus familias con el ejemplo que no hacian mas que transmitir por haberlo recibido ellos mismos de los Jesuitas. Léjos de condenarse los Padres del Instituto suprimido al silencio y á la inaccion por haber herido Clemente XIV de esterilidad su árbol frondoso, sintieron en sí mismos un principio de vida nacido de los grandes hechos que la misma Sociedad consumara, que les alentó para continuar en la gloriosa carrera que les trazaron sus antecesores. Á pesar de ver á la mayor parte de sus hermanos dispersos, no dudaron ni un solo instante, de que nuevos acontecimientos, inmensos desastres y maduras reflexiones inducirian tarde ó temprano á la Santa Sede á revocar el breve de Ganganelli. Contribuia en gran manera á alimentar esta dulce esperanza lo que aconteció en Prusia y Rusia, la maravillosa conservacion de la Orden de san Ignacio, y sobre todo las disposiciones de que se sentia animado en su favor el pontífice Pio VI. Los Jesuitas de la Gran Bretaña, que desde el año 1786 no debieron luchar ya con el Gobierno, y que, excepto el breve que pesaba sobre ellos, se veian en la misma posicion que antes, suplicaron al Vicario general que les incorporara á la Sociedad renaciente. Pero como era absolutamente imposible verificarlo sin contravenir á las disposiciones del Papa, indicó el Vicario general á los Padres de la antigua provincia británica que era indispensable renunciar á su proyecto. Cuando en el año 1800 hubo autorizado Pio VII públicamente la existencia de los Jesuitas en Rusia, reiteraron los ingleses su demanda: como se habian vencido ya á la sazón los mas grandes obstáculos, solicitó Gruber de la Santa Sede el derecho de agregar al

Instituto á todos aquellos que desearan morir en él, despues de haber consagrado su vida al triunfo de la Iglesia. Accedió el Soberano Pontífice á su petición, encargando al P. William Strickland que elevara al grado de profeso al P. Marmaduch-Stone, rector del nuevo colegio inglés, y que lo nombrase despues provincial, como en efecto así se verificó el 22 de mayo de 1803.

Apenas se divulgó en Inglaterra la noticia de la rehabilitacion de la Orden, cuando se vió acudir á Stónyhurst á todos los antiguos jesuitas, felices por poder abrazar nuevamente el yugo de las reglas de san Ignacio. Distinguiéronse entre los mas diligentes, los PP. Tomás Stanley, Pedro O'Brien, Lawson, Jenkins, Eduardo Church y José Reeve, cuyos nombres fueron tan caros á los Católicos, como preciosos para la juventud. Cárlos y Roberto Plowden, Tomás Reeve, Lewis, Jacobo Leslie, Eduardo Howard, Prise, Johnson y cierto número de jóvenes sacerdotes vinieron á reforzar la cohorte que solicita se reunia al primer llamamiento. La Compañía, que puede decirse salia del sepulcro, debía perpetuarse. Hallábanse á la sazón los Tres Reinos empeñados en una terrible lucha con Napoleon: la sangre y los tesoros del país se prodigaban en los campos de batalla y en las intrigas diplomáticas: patriotismo y ambición, odio y egoismo, hé aquí las únicas causas que habian producido aquella guerra cruel de imperio á imperio. La Inglaterra, aunque desmembrada por tantos sacrificios, parecia encontrar nuevas fuerzas en el peligro que la amenazaba. Pitt no tenia ni el tiempo ni la voluntad necesarios para oponerse á la rehabilitacion del Instituto. La Inglaterra, que se mostró indiferente á la muerte de la Compañía, se creyó entonces asaz poderosa para ocuparse de su resurreccion. Todas las miradas se fijaron en el continente; y como vieran los Jesuitas que en todas partes se les dispensaba en él proteccion, se decidieron á crear tambien un noviciado en Inglaterra.

Solo les faltaba para ello una casa y un jardin, que les procuró la generosidad de Tomás Weld. Encargóse al P. Cárlos Plowden la direccion del establecimiento: Tomás Weld, que hasta entonces no habia ofrecido á los Jesuitas mas que lo supérfluo de su fortuna, hizo mas, cedió su hijo á la Compañía. Con aquel jóven entraron en el noviciado Gualter, Clifford y Tomás Tate: con semejantes condiciones de existencia, fué propagándose rápidamente el Instituto, hasta que surgió un obstáculo de la autoridad misma que debia contribuir á su propagacion.

Ocurrieron en diferentes ocasiones sérios conflictos entre los misioneros y algunos vicarios apostólicos; conflictos en que se vieron mezclados los Jesuitas mas bien por las necesidades de la causa católica que por su espíritu de dominacion. Los derechos de unos y otros no habian sido bien definidos ó comprendidos, y esta fue la única causa por que en la administracion de la Iglesia de Inglaterra ocurrieron de vez en cuando ciertas diferencias que comprometieron seriamente lo presente y lo por venir. Era de esperar que despues de la posicion creada á los discipulos de san Ignacio, léjos de despertarse aquellas rivalidades y debates, trabajaria cada cual en la esfera de su poder en favor de la obra comun; pero no fue desgraciadamente así. El nombre de los Jesuitas era popular entre los Católicos de los Tres Reinos, y no podia menos de ser así cuando su sangre se habia mezclado en los cadalsos con la sangre de sus abuelos: los Jesuitas habian habitado y sufrido en su mismo techo; ¿qué extraño, pues, que fueran los dueños de las generaciones pasadas y de la nueva generacion? Ese doble lazo tantas veces estrechado por el hacha del verdugo debia necesariamente establecer entre los Católicos y la Orden de Loyola una intimidacion sancionada por el tiempo, por los servicios y por el reconocimiento. Nunca habia sido la autoridad del vicario apostólico disputada; pero transitoria en las personas, quedaba por esto solo expuesta á continuas luchas de amor propio que debian redundar siempre en su grave perjuicio. Algunos de los legados apostólicos se habian exasperado por aquella posicion precaria; procurando, como Ricardo Schmitt, debilitar el prestigio de que, á su pesar, se veian los Jesuitas rodeados; pero siempre en estos casos fue funesta al Catolicismo la accion del vicario apostólico, y solo sirvió para realzar mas al Instituto. Tuvieron los Jesuitas contrarios muy decididos en algunos de estos prelados; si bien hubo otros que, á ejemplo del ilustre Milner, se identificaron completamente con ellos.

No deben ya temerse semejantes conflictos en la situacion actual, porque todo en Inglaterra se hace al presente bajo el nivel de la publicidad. Estará, sin duda, expuesta esta publicidad á muchos errores y hasta fraudes, como lo está toda libertad que vive del monopolio; pero la prensa inglesa, hasta entonces tan hostil á los Jesuitas y tan intolerante, pareció al fin, desde el año 1810, estar animada de mas equitativos sentimientos. Eran aquellos tiempos de intrigas políticas, las cuales debian mas tarde multiplicarse hasta el

punto de absorberlo todo. En aquel movimiento general de pasiones y de ideas que á principios del presente siglo conmovieron la Europa, no puede á la verdad decirse que se inmiscuyeran los Jesuitas en ninguno de los acontecimientos que tuvieron lugar. Mientras los ingleses no vieron á la Compañía libre de su accion y obrando á la luz del dia, no cesaron de dirigir contra ella los mas rudos ataques é injustas imputaciones; mas desde el momento en que se permitió á los Padres del Instituto orar, evangelizar é instruir, sin deber dar cuenta de sus actos mas que á la ley, dejó de acusárseles de que conspiraban, y hasta las sectas que les eran mas hostiles cesaron en su injusta persecucion. Habíase procurado hasta entonces desfigurar la historia de los discípulos de san Ignacio, á fin de que aparecieran igualmente culpables en todos los puntos del globo. La Francia constitucional, la España liberal, la Italia, la Alemania, la Suiza y la Bélgica revolucionarias debian lanzar contra los Jesuitas un prolongado grito de maldicion, y en el país mas opuesto á las tendencias católicas estaba condenado aquel grito ó rugido á quedar sin eco.

Es que los ingleses, con el buen sentido que les distingue, no tardaron en comprender que una guerra eterna hecha á aquellos hombres inocentes de todos los crímenes que se les imputaban, debía necesariamente originar una guerra no menos cruel á las sanas ideas que ellos profesaban. Colocándose los ingleses al frente de la civilizacion europea, no quisieron hacer sufrir semejante derrota á su orgullo nacional: aceptaron, pues, á los Jesuitas, convencidos de que puesto que reclamaban para sus actos la luz del dia, fácil les seria en caso necesario encontrarlos en la sombra. Los Jesuitas, pudiendo obrar libremente, no permanecieron en la sombra, ni el Gabinete inglés ni la prensa inventaron nunca pretextos para perseguirlos, porque ya sabian de antemano que no estaban envueltos en ella.

La posicion que acabamos de describir, y que ambos partidos conservaron desde 1810 hasta 1845, no estaba todavía enteramente despejada, cuando los vicarios apostólicos trataron de sacar á la Sociedad del laberinto en que se hallaba. Las meticulosas precauciones que á veces inspira el temor á los hombres mejor intencionados, obligaban á algunos delegados de la Santa Sede á negarse á reconocer como jesuitas á los sacerdotes que el mismo Pio VII excitaba á proclamarse tales. Cuando el Soberano Pontífice con su bu-

la *Sollicitudo omnium ecclesiarum* de 7 de agosto de 1814 hubo vencido las dificultades, se aferraron estos mismos delegados á una quimera que se les hizo acariciar como una realidad: se imaginaron que la presencia de los Jesuitas en el seno de los Tres Reinos despertaria el antiguo fuego de la discordia, y que ya el poder se apresentaba á suscitar contra los Católicos nuevas persecuciones. Nada de esto habia ni podia suceder; pero aquellas hostilidades y temores dividian el partido y solo tendian á debilitarlo mas, porque era en efecto triste y demasiado cierto que no podia crecer ni aun subsistir aquella fraccion de la unidad católica mientras conservara en su seno la guerra intestina. Para hacerla, pues, cesar, se sometieron los Jesuitas á todas las condiciones, sin dar á conocer en lo mas mínimo su importancia, á pesar de comprender que eran enteramente necesarios.

No pudieron, sin embargo, aquellas diferencias atenuar su ardiente celo. Tomás Weld, el bienhechor del Instituto, espiró santamente en el colegio que habia fundado en 30 de julio de 1810, dia de la fiesta de san Ignacio. Cada año aumentaba el número de los alumnos de esta casa; cada año iban los Jesuitas tambien ganando terreno, pero siempre sin rumor y con la mayor circunspeccion, sofocando el triunfo de hoy con la esperanza del de mañana, sin dar nunca un paso sin prever las consecuencias. En 1817 fue nombrado el P. Grivel visitador de la provincia por Bzrozowski, sin que debiera hacer mas que aprobar lo que ya estaba hecho y los planes en via de ejecucion; nombró á su vez provincial al P. Carlos Plowden, el cual murió el año 1820, reemplazándole en el provincialato Nicolás Lewall. Seis años despues el P. Brooke fue llamado á suceder á Lewall.

Notables cambios se introdujeron, empero, durante este intervalo en la legislacion inglesa: los Católicos, tolerados hasta entonces, habian reivindicado sus derechos de hombres libres y de ciudadanía, lo que era una reparacion de pasadas iniquidades, la consagracion de un gran principio. Los oradores del Parlamento, al frente de los cuales brillaban Jorge Canning y lord Grey, sostuvieron la justicia de las peticiones á este fin presentadas por los Católicos; y á pesar de que aquellas peticiones herian en lo mas vivo á la Iglesia anglicana, tuvo que accederse á ellas por la razon de Estado y por la razon pública. La emancipacion por tanto tiempo aplazada, por tanto tiempo discutida, fue últimamente tomada por lo sério, y poco

despues admitida como ley del reino. Pero en 1829, cuando estaban aquellas famosas discusiones en su mayor efervescencia, se promulgó un bill que en todas sus partes tendia á dejar sin efecto la ley de emancipacion. Prohibíase á todos los súbditos británicos pronunciar votos religiosos en Inglaterra, ó venir á fijarse en ella despues de haberlos pronunciado en otros países, imponiéndose la pena de destierro á los contraventores. No se ocultó á los Jesuitas que semejante ley era expresamente dirigida contra ellos; pero no hicieron gran caso de ella, por considerarla efecto de las pasiones excitadas por el bill de emancipacion, que habia venido á ser el último parapeto de la ciega cólera del Protestantismo.

Debian demostrar los Jesuitas, como así fue, que libres ó esclavos, nada les obligaria á lanzarse á la arena de las intrigas, manifestando así que tan puntualmente cumplian sus deberes de sacerdotes y de jesuitas en los tiempos de persecucion, como en los tiempos en que se les protegía. Permanecieron por lo tanto mudos y firmes en el puesto confiado á su vigilancia: en aquel mismo puesto tan fielmente guardado, que gracias á sus cuidados, se levantaron en él once iglesias desde el año 1826 al de 1835. Entonces fue cuando empezó aquel movimiento consolador hácia el Catolicismo, que ha ido progresando con tal rapidez, que es enteramente imposible calcular sus inmensos resultados. En presencia de la idea católica que nada ha perdido de su primitiva sávia, no se conmueve ni alarma la Gran Bretaña en lo mas mínimo: ve á los Jesuitas que fundan colegios y hacen edificar iglesias en la misma capital de los Tres Reinos; sondea el grado de fervor que anima al Puseismo¹; oye á

¹ Designa el Puseismo el sistema moderno de teología anglicana que ha venido á ser tan célebre de algunos años á esta parte: es una escuela de sábios distinguidos, casi todos profesores ó discípulos de la universidad de Oxford. Deriva su nombre del doctor Pusey, y lo recibió en 1833, desde cuya época han sido ciertos proyectos concernientes á la reforma de la Iglesia establecida vivamente agitados en la prensa británica. Ya no eran vanas declamaciones sobre el esplendor y opulencia del Clero, ni soñadas teorías que los charlatanes religiosos ó políticos inventan para levantar un pedestal á su vanidad, siempre sedienta de elogios que se ven sin cesar obligados á tributarse á sí mismos; sino que eran por el contrario planes ó proyectos sérios, discutidos por los partidarios mas ardientes, ó por ciertos miembros de la Iglesia anglicana: aspiraban nada menos que á modificar las constituciones, la liturgia y las fórmulas. Los que hablaban de esta manera, tampoco estaban acordes sobre todos los puntos; empezó á reinar entre ellos una sorda discordia, de la que nació el Puseismo. Poco numerosa aun la nueva escuela en 1833, empezó á publicar los tratados

los catedráticos mas distinguidos de sus universidades proclamar sus dudas anglicanas, ó poner su nueva creencia bajo la égida de la Santa Sede, única autoridad inmutable que hay sobre la tierra. Como el Gobierno británico sentó las premisas del principio de li-

sobre los tiempos presentes, *Tracts for the times*, y otros escritos polémicos, destinados unos á la defensa del Anglicanismo, y dirigidos otros contra Roma y los protestantes disidentes. El *British critic*, revista trimestral, vino á ser el órgano de esta secta que, al revés de todas las demás, buscaba la luz de la verdad con el mayor entusiasmo y buena fe.

El doctor Hambden, que en 1836 fue nombrado por el gabinete de San James catedrático de teología de Oxford, fue censurado por el consejo universitario, el cual acusó de racionalistas los anteriores escritos del Doctor. Al frente de la oposicion que su sistema levantó en Oxford, veíase á Pusey, Vaughan, Thomas y Newman: publicó entonces Pusey una obra notable en defensa de aquellas ideas, lo que contribuyó á que se diera su nombre al partido que con tanto calor defendia.

No se proponian al principio los jefes del Puseismo otro objeto que el de sostener y reconstituir el Anglicanismo; puesto que, segun los *Tracts* y sus demás escritos polémicos ó dogmáticos, partian los Puseistas del principio de que eran los antiguos reformadores hombres de tendencias sin fe ni vigor, al paso que ellos se esforzarian por el contrario en ser exactos observadores del dogma y de la disciplina. Hé aquí lo que con este motivo decian á los Anglicanos: «Conservad el símbolo de Atanasio y todas las reglas del bautismo: no os dejeis «engañar por el espíritu del siglo: ni en la dicha ni en la adversidad no puede «nunca transigir el hombre con sus obligaciones: no olvidéis los deberes que «contrajisteis para con la Iglesia en el momento de operarse vuestra regeneración en Jesucristo por medio del santo Bautismo. Nunca debe la Iglesia depender del Estado, pero su alianza será siempre un señalado honor para el Estado. Alzad la disciplina de la desuetud en que yace; iluminad vuestra inteligencia con el recuerdo de las virtudes que nuestra Iglesia ha por desgracia «descuidado tanto, pero que nunca ha llegado á perder; observad los dias de «abstinencia y las fiestas de los Santos; someteos á las rúbricas; conservad «abiertos los templos, y nuestra Iglesia aparecerá tal cual es y debe ser, pura, «apostólica y rechazando las corrupciones doctrinales, así como las prácticas «supersticiosas si no idolátricas de Roma, su hermana infortunada; prácticas «claramente reprobadas por la antigüedad, cuyo testimonio evocamos con el «mayor respeto.»

Tales fueron las doctrinas primitivas de los Puseistas. Luego empezaron por estudiar el Cristianismo y el estado constitutivo de la unidad católica, no en los teólogos protestantes de los tres últimos siglos, sino en los santos Padres, tradición viva del apostolado. El ardor del Puseismo igualaba su ciencia y su candor: es verdad que habia atacado muchas veces con violencia la Silla de Pedro en sus primeros *Tracts*; pero era mucho menos para inculcar las verdades católicas consideradas en sí mismas, que para vivificar el sistema anglicano tal cual era comprendido por esta escuela. Aunque emprendida su tarea con fines no muy laudables, el estudio de las antigüedades eclesiásticas produjo en ellos